

Jaime Lorente: «Paisaje en acero I»



Alfredo Garzón: «Toro»

Escultura

Miguel Ángel Blanco, Jaime Lorente y Alfredo Garzón

EXPONE ahora individualmente Miguel Ángel Blanco (Madrid, 1958). Hace unos meses lo hacía dentro de la exposición «Naturalezas Españolas 1940-1987» del Centro Reina Sofía y realmente sus obras eran una de las aportaciones más interesantes y sensibles dentro del trabajo de los jóvenes artistas allí representados. Su «Biblioteca del Bosque», conjunto de cajas libro con elementos orgánicos —cortezas de árbol, bellotas, agujas de pino, etcétera— tenía un encanto especial, un cierto eco de nostalgia del sentimiento de la naturaleza desde una perspectiva urbana. Se podían rastrear en estas obras influencias del arte internacional, pero indudablemente M. A. Blanco había conseguido unas personales piezas llenas de encanto e innegable calidad.

Ahora nos presenta sus últimos trabajos con el tema común de «La fortaleza», cuya materia exclusiva son las chapas de hierro abisagradas de las celosías metálicas con sus inseparables respiraderos. Un elemento constructivo prácticamente en desuso, pero hasta hace bien poco considerado moderno, lo cual le añade un toque nostálgico. La

más pequeña de las obras expuestas, una caja de hierro con un reducido fragmento de persiana con su abertura, que lleva el poético título de «Rendija para ver el futuro», sirve de eslabón con sus obras anteriores y cumple la misma función sugerente de las obras rasgadas de Lucio Fontana.

Sin embargo, la casi totalidad de las piezas de esta serie son de mayor formato, superficies de varios paños recortados en su parte superior en formas dentadas de cordilleras elementales, que también llevan nombres evocadores: «Fortaleza Montaña», «Fortaleza Sierra», «Fortaleza de las rocas», «Pacto de los Montes»... A pesar de no hacer su autor ninguna concesión figurativa —la superficie de estas obras está acabada con el oxidado natural— sin embargo, sus esculturas consiguen enviarnos diáfananamente un mensaje totalmente paisajista. Una claridad de ideas verdaderamente envidiable. (Galería Angel Romero. San Pedro, 5. Hasta el 30 de marzo. De 100.000 a 400.000 pesetas.)

También Jaime Lorente (Madrid, 1956) nos ofrece en sus obras —esculturas y pinturas— una per-

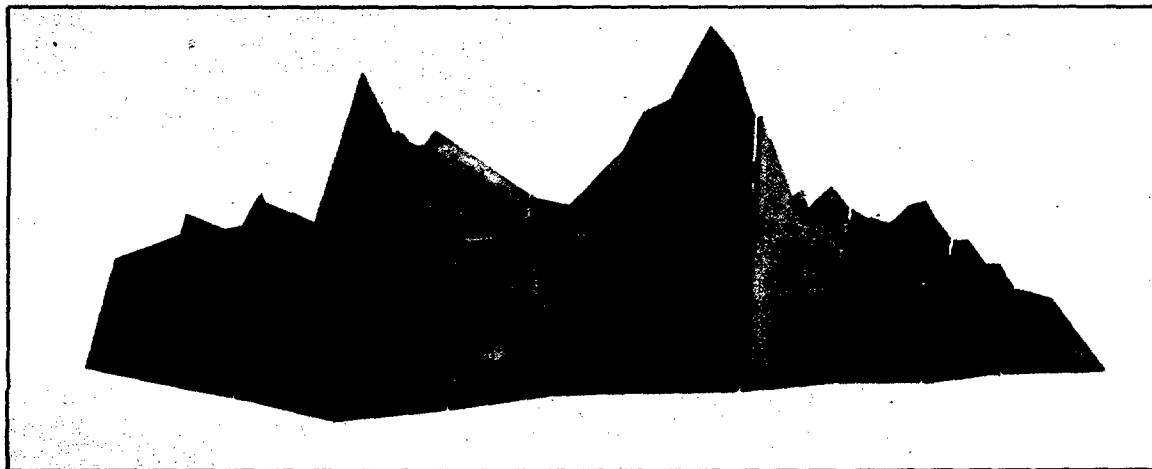
sonal visión del paisaje inequívocamente ligado al medio ciudadano. En sus esculturas sobre unos fondos pulidos de acero inoxidable se recortan y reflejan las siluetas de pequeñas ramas, a guisa de maquetas naturales que desarrollan sus propias formas orgánicas en contraste con el material continuo. Es la recreación de un panorama urbano habitual, una confrontación de materias a la que «a fortiori» estamos ya acostumbrados, aunque supone un contraste total: madera frente al metal, lo opaco frente a la superficie de espejo, lo natural frente a lo industrial. Lorente, con hábil simplicidad, ha logrado unas obras que suponen la perfecta representación de estas tensiones, lo que nos hace suponer que, si el artista sigue trabajando en este camino que ha abierto, en un futuro próximo nos ha de sorprender con esculturas aún más definitivas. (Galería Egam, Villanueva, 29. Hasta el 26 de marzo. De 90.000 a 400.000 pesetas.)

El escultor Alfredo Garzón (Salta, Argentina), que reside y trabaja en Francia desde 1976, nos muestra una amplia exposición de sus obras en Madrid. Llega acompaña-

do de un abultado currículum y, aunque ha expuesto anteriormente en España, es seguro que nunca lo había hecho con tan gran número de piezas. Son esculturas conceptualmente temáticas, pero realizadas en un lenguaje que debe mucho a la abstracción, dentro de una estética que actualmente no es habitual en nuestro país, donde los jóvenes escultores siguen otros caminos, generalmente presididos por elementos más constructivos, y los más veteranos han conseguido el clasicismo de un lenguaje propio, aunque siempre se suelen mostrar remisos a mostrarlo en una exposición de tal envergadura.

El crítico francés Pierre Restany ve en las obras de Alfredo Garzón influencias de culturas afroamericanas, como la macumba o el vudú, nosotros, por nuestra parte, vemos en gran parte de ellas, sobre todo en las que tienen las formas animales como protagonistas, una marcada impronta picassiana. El conjunto de cabezas de toro que sirve de pórtico a la muestra, muestra la inequívoca prosapia de la famosa cabeza de astado que el malagueño, en los años de la guerra, realizó con el ensamblaje de un manillar y un sillín de bicicleta. También Garzón recrea las formas de toro-insecto que tan habituales eran en el jocoso Picasso de las corridas del Midi francés, cuando el artista trazaba rápidos dibujos humorísticos para dedicarlos a sus compañeros de jornada. Bien es verdad que Garzón desarrolla el tema con una mayor seriedad y con un evidente mayor barroquismo. En todo caso es destacable que el escultor, con materiales definitivos, como el mármol y el bronce, logra que sus obras no sean nunca pesantes y estén siempre dotadas de una clara sensación aérea. (Galería Biosca. Génova, 11. Hasta el 2 de abril. De 103.000 a 1.400.000 pesetas.)

Alvaro MARTINEZ NOVILLO



Miguel Ángel Blanco: «Fortaleza Sierra»